

Felisberto Hernández: escritor que filosofa, filósofo que escribe. Ecos entre la poética hernandiana y el pensamiento de Carlos Vaz Ferreira

Víctor Manuel Osorno Maldonado
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Resumen

En este artículo se analizan algunas afinidades entre la narrativa vanguardista de Felisberto Hernández y el pensamiento que, a propósito de la escritura y del arte literario, desarrolló el filósofo uruguayo Carlos Vaz Ferreira. El punto central del trabajo radica en las nociones *movimiento* y *proceso*, categorías temáticas y estéticas que permiten observar los cuentos de Felisberto como una serie de discursos en apariencia inconclusos, privilegiando el procedimiento escritural por encima de la obra terminada. De esta forma, la literatura se aleja de toda idea relacionada con el estatismo de la palabra escrita y se presenta como un acontecimiento de carácter filosófico en el que la obra se (re)crea a través de la lectura.

Palabras clave: Felisberto Hernández, Carlos Vaz Ferreira, movimiento, discurso inconcluso, pensamiento.

Abstract

This paper analyzes some affinities between Felisberto Hernández's avant-garde narrative and the ideas that, on purpose of the writing and the literary art, developed the Uruguayan philosopher Carlos Vaz Ferreira. The focus of this essay lies in the notions "movement" and "process", thematic and esthetics categories that allow observing the Felisberto's stories as a series of apparently unfinished discourses, privileging the scriptural procedure above the finished work. In this way, the literature goes away of any notion related with the stasis of the written word and is presented as a philosophical event in which the work is (re)created through reading.

Keywords: Felisberto Hernández, Carlos Vaz Ferreira, movement, unfinished discourse, thought.

No sé si lo que he escrito es la actitud de un filósofo valiéndose de medios artísticos para dar su conocimiento, o es la de un artista que toma para su arte temas filosóficos. Creo que mi especialidad está en escribir lo que no sé, pues no creo que solamente se debe escribir lo que se sabe.

Felisberto Hernández

En los extremos de la obra hernandiana no existen libros sino Cuadernos; textos en apariencia inconclusos que muestran al lector un cúmulo de ideas con las que diversos autores ficticios pretenden construir varias historias, examinan las posibilidades de futuros relatos que nunca se concretan y reflexionan sobre los impedimentos que encuentran durante el momento de la creación. Así, un posible vértice de la poética hernandiana se encuentra en la movilidad del lenguaje y del pensamiento, ya que parte considerable de sus relatos muestran, al menos como un guiño para el lector,

las fases constructivas del discurso a través de un simulacro en el que, paradójicamente, la escritura se instala en su propio proceso de desarrollo. Todas estas características temático-formales de los textos hernandianos pueden ser vistas como muestra irrefutable del profundo interés que tuvo el autor por describir la experiencia creativa del texto como un fenómeno de naturaleza filosófica, observando en el arte de narrar un acontecimiento que siempre involucra reflexiones relacionadas con el *ser* de la palabra creadora y del sujeto que la utiliza, de manera que en los espacios ficcionales de Felisberto se da una peculiar conjunción de la narrativa y la filosofía.

Asiduo lector de Carlos Vaz Ferreira —filósofo de vanguardia tanto por la época de su producción intelectual como por la perspectiva epistémica de sus trabajos—, Felisberto encuentra en la obra de dicho pensador uruguayo una serie de propuestas sobre el lenguaje, los libros y el arte en las que se privilegia la naturalidad del pensamiento, la espontaneidad de los discursos y lo inacabado de las formas, puntos de interés que permitieron a Vaz Ferreira postular una nueva lógica que, partiendo de la vida cotidiana, estudiara la manera en que los sujetos dan cuenta de la realidad por medio de expresiones verbales plagadas de paralogismos y errores en el razonamiento. Una de las propuestas neurálgicas en la filosofía vazferreiriana, y cuya afinidad con la visión literaria de Felisberto es muy clara, tiene que ver con la idea de fermento o germen del pensamiento pues, según el filósofo en cuestión, lo interesante del raciocinio, y de los discursos que lo expresan, se encuentra en el proceso formativo de las ideas, en ese estado germinal con que surgen los pensamientos para después recibir un orden y una estructura que los aleja de su sentido original. Dentro de los postulados de Vaz Ferreira, toda consideración sobre el lenguaje debe concentrarse en el desarrollo del argumento y no en el resultado de dicho proceso racional, ya que cualquier discurso terminado,

sea académico o cotidiano, científico o artístico, impone una perspectiva estática y unilateral de la realidad. Los planteamientos aquí descritos fueron expuestos con amplitud en *Lógica viva* (1910) y en *Fermentario* (1938), obras fundamentales para comprender la propuesta vazferreiriana y que permiten establecer diversas líneas de relación entre ésta y la poética intercalada y ficcionalizada en los cuentos planta. Si bien los puntos de convergencia entre la filosofía de Vaz Ferreira y la escritura de Felisberto son numerosos, aquí sólo interesa resaltar aquellos relacionados con la noción de movilidad, asumida como una categoría intrínseca al pensamiento y a la palabra que hace posible, en el caso de la literatura, presentar el texto como una escritura sobre la marcha, como un discurso que se piensa a sí mismo mientras se hace y cuyo sentido radica en el proceso.

Para Vaz Ferreira el estudio de la lógica clásica (aristotélica) nada tiene que ver con la realidad, debido a que en dicha disciplina el problema del lenguaje se fundamenta en la premisa de que las palabras cuentan con un significado monosémico e irrevocable, al tiempo que la razón es asumida como un proceso unidireccional de resultados dicotómicos, pues en el pensamiento clásico no hay cabida para la ambigüedad y la confusión; mucho menos para una respuesta parcial que no se imponga como verdadera. Ante estas limitaciones de la filosofía clásica, tan “inútil” y arcaica por estar lejos de lo vital, Vaz Ferreira propone una *Lógica viva* que encuentre su objeto de estudio en lo erróneo de los discursos ordinarios, analizando la manera en que los hombres piensan, se equivocan y verbalizan sus ideas. Así, en la nueva lógica vazferreiriana el pensamiento es múltiple y disperso, ya no representa un procedimiento dialéctico sino un cúmulo de ideas que destruye toda sistematicidad:

[...] pensamos con muchas ideas, equilibrándolas según los casos; queda, diremos, una especie de juego libre de las ideas; funcionan

todas, predominando a veces una, a veces otra: una no debe ser tenida en cuenta, y desaparece: a veces otra debe predominar, y la tendremos en cuenta a ella sola: las ideas juegan y se combinan. Del otro modo, pensamos con una sola idea, sistematizamos falsamente y caemos falsamente en el error. (123).

Al considerar todos los elementos que integran el pensamiento, cualquier asunto puede tornarse infinitamente multiforme, pues innumerables son las sugerencias que se desprenden de cada idea, o más bien de su expresión a través de la palabra. Desde una perspectiva tradicional, pensar en una sola cosa se identifica con la concentración —verdadera generación de pensamiento—, mientras que pensar varios asuntos de manera simultánea es un acto que desemboca en el desorden, la distracción y el error. Sin embargo, para Vaz Ferreira la multidireccionalidad es la manera correcta de pensar, aunque en el libre juego de las ideas siempre aparece la jerarquía como un medio que otorga sentido o hace inteligible aquello que se piensa, ya que, si no predominara alguna idea en la cadena del pensamiento, no habría un punto coercitivo que permitiera el desarrollo de la razón. Pero la preponderancia de una idea no destierra a las demás, simplemente funge como punto a partir del cual se da rienda suelta al pensamiento, a las asociaciones y a las combinaciones de las que se vale el ser humano en su deseo de comunicar algo. Por tanto, en el “sistema” lógico vazferreiriano el sujeto disperso es el que mejor piensa —porque considera varias posibilidades de un asunto determinado—, y el escritor distraído el que mejor escribe —porque pretende representar la totalidad del pensamiento en su discurso.

En varios relatos hernandianos este postulado filosófico adquiere un revestimiento estético, pues muchos de los personajes se entregan a sus divagaciones durante el momento de la escritura, tal como sucede con el protagonista de “La envenenada”, cuento aparecido en un volumen homónimo de 1931, cuya trama se

reduce al hecho de que un literato, en busca de cualquier asunto que le permita escribir algún cuento, se dirige a las orillas de un arroyo en donde yace el cadáver de una mujer. Tal acontecimiento lo lleva a imaginar diversas situaciones que justifiquen el suicidio de la mujer, pero ninguna de ellas resulta tan interesante como para construir una ficción, por lo que, después de contemplar la escena mortuoria, el literato “inventó un gesto y un comentario que le sirvió para abandonarse a pensar en todo lo que se le antojaba, para dejar sus pensamientos libres cual una cosa libre; puso su cara hacia el frente, pero no para mirar lo que tenía adelante, sino lo que los literatos habían definido como lo infinito, lo desconocido, etcétera” (I: 71). Esa libertad del pensamiento, analizada por Vaz Ferreira y descrita por Felisberto, es lo que permite al sujeto profundizar en sus ideas, ya que, al no frenar el discurrir de la razón y al no imponer una estructura específica a través de la lógica causal, éstas sólo responden al movimiento impredecible de la imaginación, entendiendo tal categoría como una forma alterna de conocer el mundo y de manifestar la experiencia que de éste se tiene. Así, para ambos intelectuales uruguayos, el proceso del pensamiento, ya sea en su vertiente filosófica o narrativa, tiene como finalidad esencial superar lo unívoco mediante la libre asociación de ideas, terminando así con la visión de que la realidad está construida racionalmente y de que el lenguaje es un vehículo expresivo de lo concreto y lo invariable.

Aunque diversos pasajes de *Lógica viva* se desarrollan por medio de paralogismos científicos, discursos pedagógicos y anécdotas personales de Vaz Ferreira, asideros reflexivos que dotan al discurso de un carácter cotidiano, la complejidad de dicha obra consiste en partir de lo real, de lo común, para llegar al análisis del pensamiento visto como algo abstracto, como un procedimiento que antecede a cualquier medio de materialización, ya que la escritura y el habla surgen cuando las ideas se han cristalizado, al menos par-

cialmente. Por tanto, el mayor punto de interés para este filósofo reside en lo fermental, en aquello que está en ciernes, en las formas brutas y no del todo inteligibles que representan la materia prima de todo proceso racional. Al analizar cómo funciona el pensamiento, Vaz Ferreira afirma con frecuencia que para pensar bien es imprescindible considerar los puntos medios o matices que hay entre dos conceptos opuestos, de manera particular las posibilidades que existen entre las estructuras racionales del pensamiento y aquellas ideas que no son del todo comprensibles. De esta forma, en la filosofía vazferreiriana el pensamiento puro y verdadero es aquel que participa tanto de lo aprehensible como de lo incognoscible, debido a que la persistencia de una zona impenetrable para la razón es lo que garantiza el movimiento de las ideas pues: “del mismo modo que el organismo parece necesitar sustancias no totalmente digeribles, así también parece que el espíritu necesita, como un fermento, lo parcialmente inteligible. No todo debe ser totalmente inteligible; es bueno que haya algo que no se entienda completamente; que subsista el esfuerzo, que subsista la penetración” (123).

Una vez más las reflexiones de Vaz Ferreira encuentran resonancia en los espacios literarios de Felisberto, debido a que el autor de los cuentos planta llama en diversas ocasiones “misterio” a esas ideas que no se entienden por completo y que, precisamente por ese motivo, aparecen como el motor de la escritura. En este sentido, el protagonista de “La envenenada” encarna el enfrentamiento con lo desconocido pues, como menciona el narrador, el literato sin asunto “se diferenciaba de los demás literatos, en que ellos ignoraban los misterios y las casualidades de la vida y la muerte, pero se empeñaban en averiguarlo[s]; en cambio para él no significaba nada haber sabido el por qué de esos misterios y casualidades, si con eso no se evitaba la muerte” (I: 79). El escritor que protagoniza esta historia no se empeña en descifrar la razón de su existencia porque ese desconocimiento es lo que lo incita a es-

cribir, a terminar un cuento y buscar con impaciencia otro asunto que le permita seguir escribiendo, de manera que el desarrollo del pensamiento y de la escritura, en el caso de ésta y otras narraciones autorreferenciales de Felisberto, se perpetúa ante lo racionalmente indescribible. Si para Vaz Ferreira no todo debe ser inteligible, para Felisberto no sólo se debe escribir sobre lo que se conoce, pues la especulación y lo imaginario, categorías presentes en la filosofía de uno y en la literatura del otro, permiten el progreso de las ideas. En las líneas iniciales de *Por los tiempos de Clemente Colling, nouvelle* publicada en el año 1942, se encuentra uno de los pasajes más representativos de la concepción hernandiana del arte escriturario, en el que el autor ficticio de un texto germinal reflexiona con respecto a su labor creativa:

Además tendré que escribir muchas cosas sobre las cuales sé poco; y hasta me parece que la impenetrabilidad es una cualidad intrínseca de ellas; tal vez cuando creemos saberlas, dejamos de saber que las ignoramos; porque la experiencia de ellas es, acaso, fatalmente oscura; y ésa debe ser una de sus cualidades.

Pero no creo que solamente deba escribir lo que sé, sino también lo otro (I: 138).

Aquí la escritura literaria muestra toda su complejidad al ser propuesta no sólo como una forma de representación derivada de la experiencia, sino que también constituye una expresión del pensamiento que parte de lo desconocido y en lo desconocido permanece. Esta perspectiva consonante en las reflexiones vazferreirianas y la literatura de Felisberto, reafirma el hecho de que lo valioso del pensamiento y del discurso artístico se encuentra en la intuición y no tanto en la razón, pues cuando el sujeto busca explicar absolutamente todo lo que le rodea, más que pensar incisivamente, se convierte en víctima de falsos sistemas que erigen una visión muy vacua tanto del mundo como de la existencia.

Hasta aquí las afinidades entre la obra de Vaz Ferreira y los cuentos hernandianos se han centrado en el análisis del pensamiento, un proceso en el que participa la movilidad, la imprecisión, la impenetrabilidad y la libertad de las ideas; sin embargo, en materia de escritura, concretamente respecto al texto, visto como resultado de la materialización del pensamiento, ambos uruguayos también tienen visiones similares. Tanto en *Lógica viva* como en *Fermentario*, Vaz Ferreira propone que las obras intelectuales, sean filosóficas, artísticas o matemáticas, deberían conservar la forma de apuntes; de notas previas en las que se muestre el estado procesual de una idea mientras se hace, pues la riqueza del pensamiento consiste en observar las dudas, errores y tropiezos de un autor con la finalidad de seguir las rutas trazadas por su razonamiento. De esta forma, todo autor de un texto verdadero tiene que preocuparse por conservar en la escritura el mayor número de los componentes, ya sean acertados o erróneos, útiles o inútiles, que participaron en el proceso formativo de las ideas, de ahí que las obras no deban ser presentadas como un discurso acabado, sino como una serie de anotaciones sobre algo que pretende escribirse. En el Prólogo de *Lógica viva* se describe esta visión vazferreiriana: “Tengo en proyecto un libro que sería positivamente útil si pudiera escribirlo algún día, y si en la realización se aproximara siquiera al ideal que concibo. Sería un estudio de la manera como los hombres piensan, discuten, aciertan o se equivocan” (7). Ese libro vislumbrado es el mismo que se lee, de manera que la paradoja opera como un recurso discursivo que permite al filósofo instaurar su texto en la virtualidad del proyecto al mismo tiempo que la obra se concreta, mecanismo discursivo que tiene la función de conservar el movimiento de las ideas y de la escritura; la vitalidad de la lógica que dicho autor propone.

Desde la perspectiva de Vaz Ferreira, lo atractivo de los apuntes radica en la naturalidad con que el sujeto plantea sus ideas me-

diante la escritura, ya que el carácter preliminar de este tipo de textos permite que el discurso se desglose sin la necesidad de una estructura muy elaborada. Pero la transformación de los apuntes en obra no es del todo negativa, porque durante dicho proceso el pensamiento adquiere claridad y concreción, características necesarias, aunque sea en grado muy reducido, para que la escritura tenga sentido. Así, el ideal de texto vazferreiriano sería aquel que, por su apertura e indeterminación formal, se re-creara en cada lectura; sin embargo, la linealidad y el estatismo son rasgos consustanciales a la escritura que impiden la conservación absoluta de ese movimiento tan fundamental para las ideas, por lo que la esencia del pensamiento se pierde al momento de representarlo a través de la palabra escrita:

Muchas veces, comparando los apuntes que sirven para la preparación de las obras, los cuales son hechos sincera y naturalmente, se ve que hay algo, sin duda, que se gana, de los apuntes a la obra; pero que hay también algo que se pierde: toda esa parte de sinceridad, de dudas, de ignorancia; las oscilaciones del autor, sus mismos cambios de opinión, los argumentos contra ciertas opiniones, aún cuando él se decida por los argumentos favorables; todo eso se pierde de los apuntes a los libros (ya se habrá perdido en parte de la mente a los apuntes) (134).

Sin temor a exagerar, este planteamiento de Vaz Ferreira puede ser asumido como la mayor premisa estilística que se desarrolla en la obra de Felisberto, principalmente en sus textos más fragmentarios y marginales donde la noción de cuaderno funge como elemento temático y formal de la escritura. Si bien en los relatos que integran la primera y la última etapa de la narrativa hernandiana son vastos los ejemplos tocantes a la reflexión sobre el arte escriturario, aquí interesa mostrar que, incluso en textos donde la autoconsciencia del discurso se presenta figuradamente o está sugerida,

el problema de la escritura como un proceso mental es susceptible de interpretación. Algunos ejemplos muy conocidos por los estudiosos y lectores de Felisberto son *Tierras de la memoria*, obra que el autor reescribió durante toda su vida y que fue publicada por fragmentos, y *Diario del sinvergüenza*, texto del que existe una versión final además de varios esbozos manuscritos que aparecieron póstumamente, pero “Tal vez un movimiento” es quizá el relato en el que este interés por el devenir, tanto del pensamiento como de la escritura, se condensa con excepcional creatividad. En dicho cuento, un hombre demente expresa la felicidad que siente al estar recluido en el hospital y no tener que trabajar para ganarse la vida, debido a que su condición de enfermo le permite entregarse al placer del pensamiento, a la realización de una idea que desde hace tiempo tiene en la cabeza, ya que, como escribe el loco personaje:

Esa idea para mí —afortunadamente—, es inmensamente difícil de realizar. Soy dichoso cuando pienso cómo realizar esa aventura; seré dichoso mientras la esté realizando; pero seré desgraciado si al estar por terminarla no siento deseos de empezarla de nuevo.

Tú mi lector, o sobre todo tú mi director de clínica, ya te habrás hecho, seguramente, una idea de lo que será la mía. Pero una de las formas que yo utilizaré para exponer mi idea será la de suponer también tus ideas posibles, y decir, precisamente, que la mía no tiene nada que ver con las tuyas. En general, me veré obligado a expresar ideas que no son la mía, para que se comprenda mejor cómo es la mía (I: 129-130).

El autor ficticio del relato manifiesta un desmesurado interés por eternizar los estadios de su pensamiento, sin importar demasiado qué es aquello que piensa, pues lo primordial consiste en el movimiento mismo del pensar. Esta postura da origen a la construcción de un discurso que carece de asunto concreto y que en dicha ausencia encuentra su motivo principal: representar con la escritura

el discurrir de cualquier idea, de ese “psiqueo” amorfo al que alude Vaz Ferreira en su *Fermentario*, obra conformada por una serie de fragmentos heterogéneos en los que el filósofo retoma el problema de relación que existe entre la movilidad del pensamiento y la fijeza que éste adquiere en el lenguaje escrito. Una de las propuestas centrales dentro de las reflexiones vazferreirianas, consiste en buscar cierta modalidad de escritura que permita al lector conocer tanto las fases previas como la forma final de los discursos, debido a que, como menciona el autor en el prefacio de la obra comentada, bajo el concepto de libro “deben publicarse sólo los que verdaderamente, en su espíritu, sean libros; esto es: los que espontáneamente nazcan ordenados, conexos, completos, o sin la violencia ni el artificio, acaben por tomar esa forma” (15), requisito que no cubren las anotaciones o escrituras inconclusas que aquí se analizan. Ese punto medio del discurso textual sólo se lograría en una suerte de *ideario*, definido por Vaz Ferreira como un cuaderno o “revista personal permanente” (16) que permita al hipotético autor describir con regularidad cualquier tipo de idea, valiéndose de un proceso escritural en el que

También ahí iría, expresado en lo posible, el psiqueo antes de la cristalización: más amorfo, pero más plástico y vivo y fermental. [...] El pensamiento al cristalizar puede ganar (claridad, justeza, cumplimiento, aplicación...) y puede perder (espontaneidad, sinceridad, vida e interés, fecundidad...); y, muchas veces, al mismo tiempo gana y pierde. Concluir que sería siempre preferible el fermento al producto elaborado, fuera exagerar y falsear. Pero en verdad lo preferible sería que el público conociera a veces el pensamiento en los dos estados (y hasta en varios estados “antes de la letra”, además del definitivo) (17).

De alguna manera, esos dos estados aludidos por el filósofo son visibles en “Tal vez un movimiento”, ya que, desde el plano ficcional

del discurso hernandiano, la idea que se gesta mientras el texto es escrito por el demente corresponde a la vitalidad del pensamiento, al proceso constructivo de la narración, mientras que, desde la perspectiva empírica del lector, dicho relato, aunque simula estar en ciernes, aparece como una forma final o cristalizada del discurso. Así, “Tal vez un movimiento” puede ser leído como la posible realización de ese *ideario* imaginado por Vaz Ferreira pues, aparte de las características señaladas, es preciso mencionar que el relato está organizado cronológicamente a la manera de un diario, rasgo que enfatiza las ideas de proceso, de cotidianidad y de cuaderno, tan fundamentales en la filosofía vazferreiriana como en los cuentos planta.

Mientras Felisberto prologa un libro que nunca pudo empezar, Vaz Ferreira proyecta la creación de “Un libro futuro”, texto en el que se plantea suspensivamente un asunto filosófico indeterminado; un problema vacío y abstracto que implica la idea de que la complejidad del pensamiento no consiste en lo que se piensa, sino en cómo se piensa y en los obstáculos que el sujeto enfrenta al manifestar verbalmente alguna reflexión. En ese libro, siempre futuro por su imposible realización, Vaz Ferreira continúa refiriéndose a la importancia del movimiento, como aspecto fundamental del intelecto, y a la incapacidad que sufre el ser pensante cuando el lenguaje no es suficiente para expresar una idea o cuando la sistematicidad de los discursos destruye el sentido primigenio del pensamiento. A propósito de dicho problema indefinido, en cuya abstracción cabría la infinidad de los cuestionamientos filosóficos, el autor del *Fermentario* escribe que:

No podría expresar por ningún esquema verbal mi psicología a propósito de este problema, y recurriré al artificio, ya tan corriente hoy, de transcribir anotaciones, en parte complementarias y en parte contradictorias, que he hecho en distintos momentos y en distintos estados de espíritu: el lector fundirá, combinará, y —no

comprendiendo eso, sino comprendiendo a propósito de eso—
encontrará alguna ayuda en las transcripciones que siguen para
formarse sobre la cuestión un estado mental amplio y comprensivo.
.....
.....
.....
..... (125).

Esta concepción vazferreiriana se opone a la idea tradicional de libro, pues el volumen descrito por el filósofo no reúne formas terminadas de pensamiento que legitimen las ideas del lector, mucho menos afirmaciones que confirmen lo acertado o equivocado de sus reflexiones. El hipotético ejemplar sólo contiene la gestación de un razonamiento que se muestra sugerente ante el imaginario del lector, de manera que el libro ya no es el resultado inamovible de un proceso intelectual, sino que ahora representa el punto inicial para el libre desarrollo de las ideas. Por otra parte, en la filosofía de Vaz Ferreira la categoría de autor también sufre ciertas transformaciones, pues el sujeto que crea o reflexiona deja de ser un demiurgo omnisciente que determina tanto la forma del discurso como las posibles interpretaciones que de éste se desprenden. Así, en el libro futuro de Vaz Ferreira, obra abierta, asistemática y abstracta, podría vislumbrarse la neutralidad del lenguaje y del pensamiento, es decir, una serie de formas puras que no se refieren a nada más que a sí mismas, de tal manera que el discurrir de las ideas, gracias a la libertad de lo indeterminado, tiene como único fin recrearse durante el proceso de su formación.

En “Tal vez un movimiento”, el demente que escribe su diario ofrece al lector un pensamiento desnudo de toda concreción, una idea pura o vacía que bien podría representar el “modelo” vazferreiriano de libro, pues el discurso del loco personaje sólo cuenta con el objetivo hedonista de su propio desarrollo, ya que, tanto la escritura como las ideas, para alcanzar un estado de pureza, nece-

sitan aparecer desprovistas de cualquier función ajena al proceso abstracto del pensamiento. De esta forma, el autor ficticio no pretende hacer otra cosa más que pensar y describir la movilidad de sus ocurrencias, tal y como lo expresa en una de sus anotaciones: “Si los otros conceptúan, para aprovechar el concepto, yo quiero dejarme conceptuar y sentir el momento en que se me forma el concepto. Si la idea que yo quiero hacer mover, les sirve a los demás y la aprovechan, bien. Pero yo no me propongo otra cosa que perseguir la realización de esa idea. De un movimiento vivo que se realice fuera de mí y siga viviendo y moviéndose solo” (I: 131-132).

Una lectura comparativa entre la filosofía vazferreiriana y las narraciones de Felisberto, hace evidente que la idea de movimiento y la presentación del texto como forma inconclusa son dos rasgos fundamentales dentro de las reflexiones que ambos uruguayos realizaron respecto al fenómeno del lenguaje y la escritura literaria. Aunque las afinidades entre la propuesta filosófica de uno y la estética desarrollada por el otro son numerosas, es posible considerar que lo esencial de sus obras se encuentra en la concepción de la escritura, entendida como un mecanismo representacional que debe conservar la movilidad del razonamiento. De ahí que Vaz Ferreira y Felisberto Hernández dedicaran, cada cual a su manera, extensos pasajes de sus obras al análisis de la creación literaria, ese proceso mental en el que se gana y se pierde algunos elementos durante el tránsito de la idea a la palabra escrita.

Mientras que Felisberto se vale de una tendencia filosófica para su escritura, Vaz Ferreira recurre a lo anecdótico para desarrollar su filosofía, de manera que en las obras de ambos los límites genéricos y las especificidades formales se diluyen pues, tanto en las notas filosóficas sobre libros futuros como en los relatos autorreferenciales, el lector no se enfrenta con discursos concretos que únicamente deben ser interpretados, sino que participa en la creación

de los textos, al menos reflexivamente, buscando un orden para la materia discursiva e intentando comprender uno de los tantos sentidos de aquella escritura que se refleja a sí misma y que hace de dicho reflejo la fase inicial del pensamiento.

Bibliografía:

- Díaz, José Pedro, 1999, *Felisberto Hernández. Su vida y su obra*, Planeta, Montevideo, 277 pp.
- Hernández, Felisberto, 1981, *Obras completas vol. 1*, José Pedro Díaz (pról. y notas), Arca-Calicanto, Montevideo, 214 pp.
- _____, 2007, “Genealogía”, en *Obras completas vol. 1*, 6a ed., Siglo XXI, México, pp. 34-36.
- _____, 2007, “La envenenada”, en *Obras completas vol. 1*, 6a ed., Siglo XXI, México, pp. 69-79.
- _____, 2007, “Tal vez un movimiento”, en *Obras completas vol. 1*, 6a ed., Siglo XXI, México, pp. 129-133.
- _____, 2007, “Por los tiempos de Clemente Colling”, en *Obras completas vol. 1*, 6a ed., Siglo XXI, México, pp. 135-198.
- _____. 2005, “Pre-original de Tal vez un movimiento”, en *Obras completas vol. 3*, 5a ed., Siglo XXI, México, pp. 208-212.
- Vaz Ferreira, Carlos, 1945, *Lógica viva*, 4a ed., Losada, Buenos Aries, 254 pp.
- _____, 1957, *Fermentario*, 2a ed., Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, Montevideo, 219 pp.